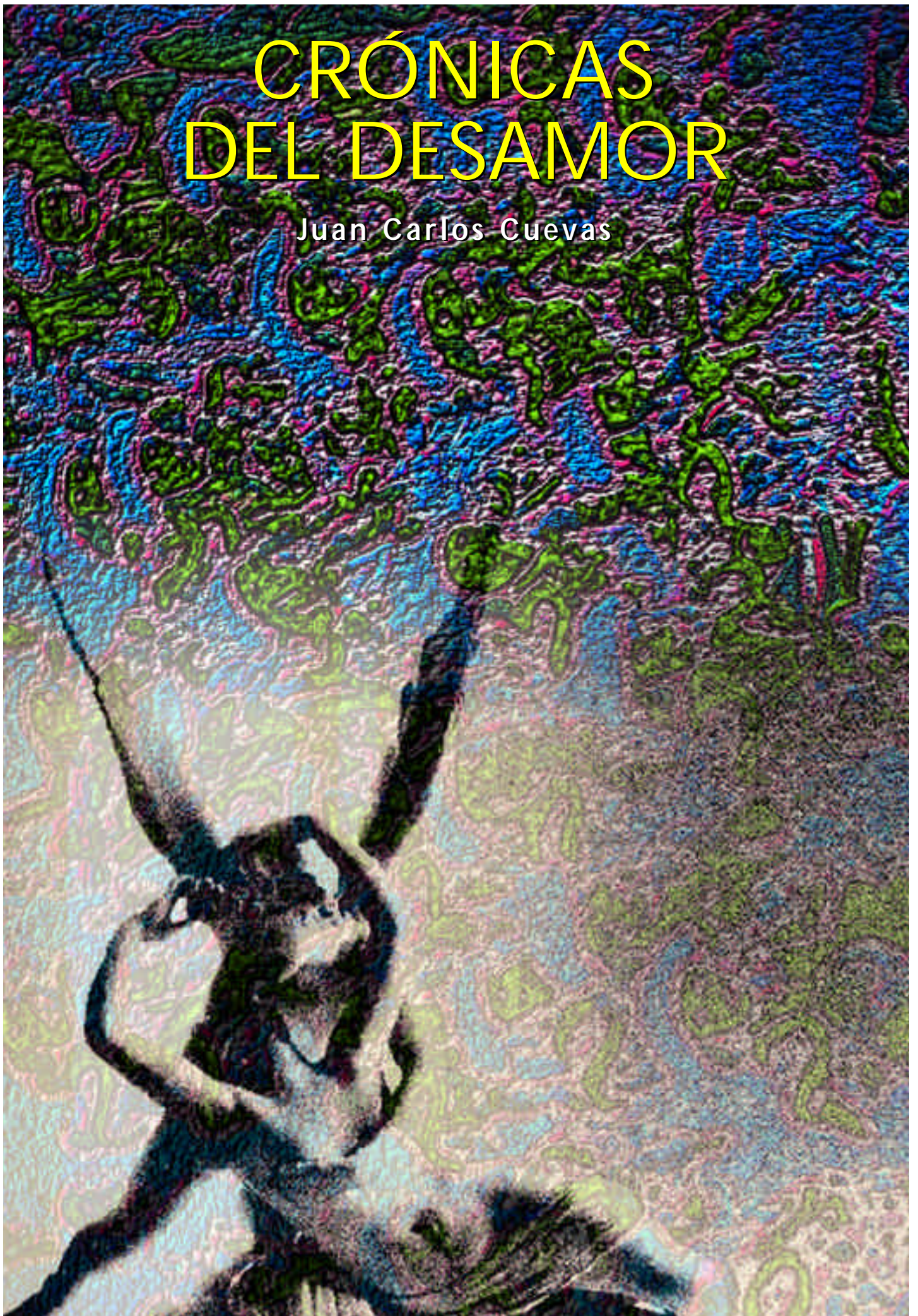


CRÓNICAS DEL DESAMOR

Juan Carlos Cuevas



© Juan Carlos Cuevas
Abril de 2001

© de la presente edición electrónica:



VNU Business Publications España, S.A.
San Sotero, 8. 4ª planta
28037 Madrid

Desde una constelación extraña	4
Hija del Sultán	5
La balada del capitán.....	7
Amiga Luna.....	10
Amigo viajero	12

*Dedicado a mi niña-luna,
la que ilumina las noches de mi alma.*

Desde una constelación extraña

[Constelación de Freiiia. 3518 h.d.f.]

“Te escribo desde la inmensidad del espacio, concretamente desde el espacio profundo 3, sector 7, esquina con la melancolía; en este lugar hace frío y los vientos huracanados soplan constantemente desdibujando los hermosos paisajes de escarcha y hielos azulados. Desde mi puesto de vigía avanzado de la Federación puedo contemplar las largas noches estrelladas. Veo el azulado Orión, la dorada Ganímedes y el círculo de Asgaldh. La gran nebulosa de la Parca atraviesa de Norte a Sur todo el firmamento, iluminando de blanco sereno las noches de mi corazón. Entre tanto fulgor puedo ver mi hogar; es apenas un pequeño lucero ámbar que se mueve oprimido entre gigantes gaseosos y sin embargo, para mí, es la única referencia válida en la marea de partículas en que se ha convertido mi vida. A veces mirando ese pequeño punto creo recordar las voces de aquellos que una vez compartieron mi vida, recuerdos casi ausentes, que se escapan entre los dedos de mi memoria cómo agua; y entre todas las voces la tuya, con esos tonos cristalinos que amansaban las fieras de mi interior y que, sin embargo, no pudieron amansar mis enormes ganas de vivir la aventura interestelar.

Éramos jóvenes y temerarios y no nos importaba el futuro ni otra cosa que no fueran los viajes interestelares y la aventura... No puedo negar que ha sido un bonito viaje, este de mi vida, pero ahora echo de menos tu sonrisa, tu voz y tu mirada. Sólo tengo algunas grabaciones antiguas, de los primeros días, cuando aún era posible establecer comunicación sin que los lapsos de tiempo entre respuestas fueran tan largos, pero no me sirven porque ya no sé cómo estás ahora, ni cuantas arrugas hay en tu cara o en tu corazón; sin embargo sé que en algún lugar distante, en alguna estación extraña, tú también miras el firmamento y ves nuestro pequeño rincón en el espacio y a veces sonríes y a veces suspiras...

Sé que cuando llegue este mensaje habrán pasado miles de años y ni tú ni yo estaremos bajo la luz estelar y sin embargo... no importa...”

.....

Hija del Sultán

Ella era hija de un sultán y eso la consolaba de todos los males. Él era mozo de cuadras en el palacio del sultán y eso lo consolaba de todos los males. La vida de ella era regalada y la fama de su belleza se extendía más allá del reino, a través de los desiertos amarillos moteados de camellos y beduinos. Llegaba hasta la imaginación de hombres poderosos, de príncipes altaneros y otros personajes importantes. Cada año una procesión de emisarios y visires recorría el país de norte a sur con el fin de certificar la verdad de tales rumores y pedir en matrimonio a la hija del sultán. Pero ella no quería saber de intermediarios y falsos halagos: en su corazón latía la fuerte convicción de que soñar también es lícito; de que más allá de tanta hipocresía y falsas miradas algún día encontraría esa mirada de fuego capaz de encender su alma y hacerla soñar con el infinito. No sabía ni cuando ni como ni porqué, pero sabía que en algún sitio estaba esperando.

El trabajaba de sol a sol casi hasta el agotamiento: limpiar y mantener en orden la caballeriza del sultán era un honor concedido a pocos y él se entregaba con alegría a su trabajo. Por las mañanas cantaba cuando salía el sol viejas melodías que su madre le había enseñado, y los caballos, negros alazanes de crines espesas, piafaban y se alegraban con él. Los conocía a todos por su nombre y ellos lo conocían y acercaban sus hocicos húmedos y le saludaban. Era feliz y no se había dado cuenta...

Sus ojos se encontraron un día, mientras la princesa miraba los caballos. Nunca le habían interesado pero ese día súbitamente, hojeando un antiguo manuscrito encontró una figura de extraña composición, mitad hombre, mitad caballo, que según decían, pertenecía a los mitos de gente de tierras lejanas. Aquel semihombre tenía una mirada inquietante que cautivó su imaginación y sus ojos no pudieron evitar extenderse por los estilizados músculos de la parte animal de aquel ser. De pronto recordó las caballerizas y decidió ver de cerca aquellos animales.

Cuando sus ojos cruzaron el espacio ambos sintieron un estremecimiento en su interior y ella supo que aquella mirada había llegado. El fuego que surgía de aquellos ojos quemaba el aire y entraba en su alma helada derrumbando hasta la última de las barreras. Algo en su interior murió aquel día y algo nació aquel día y desde entonces sus visitas a la caballeriza, se hicieron más frecuentes y ella no podía evitar ni aquellos ojos, ni aquella sonrisa amable y mientras príncipes y señores importantes debían pedir audiencias cada vez más complicadas, aquel mozo de cuadras las tenía continuamente.

Pero ella era hija de sultán y poco a poco se dio cuenta de que todo aquello era una locura, de que no podía ser, demasiadas complicaciones, demasiada diferencia, demasiado dolor ¿Porqué la vida nos lleva por caminos tan complicados? ¿Acaso no puede ser todo más fácil? ¿Cuál era la lección de todo aquello? Debatíéndose entre la duda y el fuego estuvo noches enteras...

El ni siquiera pensaba esas cosas. Su mente jamás se hubiera atrevido a soñar con la hija del sultán. Se conformaba con sus visitas, se conformaba con sentir aquellos ojos extraños, aquella sonrisa lejana apenas disimulada. Pero a veces sin quererlo, en las largas noches, aparecía una sombra en su corazón: ¿Porqué la vida tiene que ser tan amarga a veces? ¿Porqué rompe en pedazos nuestra realidad y nos atormenta obligándonos a sentir cosas extrañas? Pensaba y pensaba y a ratos no podía apartar de sí la sombra de aquellos ojos malditos.

Ella decidió olvidar sus sueños. Desterró al mozo, se casó con el pretendiente más idóneo según su condición y vivió el resto de sus días entre oropeles. Jamás dejó de pensar un sólo día en aquellos ojos grises y al final cuando la sombra de la Parca llegó, los vio: miraban desde la lejanía y estaban tristes y solitarios, pero aún conservaban la fuerza aquella que hacía estremecer su corazón.

El no pudo evitar que en sus sueños apareciera aquella mirada durante el resto de sus días, y a pesar de que intentó sobrevivir al desaliento, ya jamás nada fue igual y hasta los caballos notaban su corazón encogido y resoplaban en sus oídos consolándolo. En su lecho de muerte una luz extraña entraba por su ventana: era aquella mirada de fuego que volvía a rescatarlo desde la oscuridad de los tiempos.

.....

La Balada del Capitán

[Capítulo I]

Garfio se retorció sobre el camastro. No podía dormir y en su cabeza sólo una imagen revoloteaba constantemente: Campanilla. No sabía que podía significar aquello y su viejo corazón blindado le decía cosas extrañas. Le hablaba de deseo, le hablaba de añoranzas, le hablaba de dolor. Desde que aquella pequeña joya se fue volando, nada había vuelto a ser igual. Se había acostumbrado a notar aquella diminuta presencia a su lado, a sentir su furia primero, su abatimiento después y al final la resignación de quien sabe que no hay mas opciones que la espera. Su voz suave empezó a entonar canciones y melodías desconocidas para él; transmitían sobretodo añoranza de algo perdido y a medida que pasaban los días se le hizo insoportable la idea de continuar reteniéndola. Decidió dejarla en libertad y le dijo: —vuelve con Peter y si alguna vez quieres regresar y cantar para mí un rato, ya sabes donde está mi barco...—. Era rudo, un pirata de la vieja usanza y apenas sabía cómo tratar a una mujer y mucho menos a una diminuta hada capaz de volar sobre estrellas de colores, pero algo dentro de él se removía. Y ese despertar hasta ahora desconocido, dolía. Mucho. Demasiado.

Ella no volvió y pasaron noches y días y recuerdos y estrellas. La tristeza invadía su alma, ¡Pobre Garfio!, enamorado de una entealequia, echando de menos a alguien que cabía en su mano. Todos en el barco murmuraban —¿¡Qué tiene nuestro capitán?! El azote de las tierras de *Nunca Jamás* ya no ríe, no se emborracha, no pelea, no tiene interés en abordar veleros fantasma, en quemar islotes...—. Y lo único que era capaz de hacer era esperar los atardeceres, mirando el horizonte, mientras escuchaba las olas del mar, intentando sacar de su cabeza aquellas melodías, consumiéndose. Ni siquiera se había dado cuenta, pero estaba enamorado. Por primera vez en su vida, sin remedio. No entendía que era imposible, ni siquiera se lo planteaba. Todo el mundo sabe que las hadas son seres imprevisibles, capaces de las peores trastadas, con sentimientos ajenos a todo lo humano, misterios del mundo sin comprensión posible y, sin embargo, una pequeña esperanza alimentaba su alma: si ese pequeño ser luminoso sentía algo por al abominable Peter Pan, quizás algún día sería capaz de hacerlo por él, y volaría a su alrededor y tejería dulces tonadas que confortaran su espíritu...

Una mañana despertó de su letargo —¡¡¡Arriad las velas!!! ¡¡¡Bergantes del diablo!!! ¡¡¡A todo trapo!!!— y la tripulación, feliz por volver de nuevo a la acción, cantaba viejas canciones de corsarios entusiastas del ron y la sal... Y navegaron por mares conocidos y desconocidos durante semanas y divisaron extraños monstruos en la distancia que lanzaban fuego por las fauces, y ballenas blancas y enormes calamares les hicieron trabajar duro porque navegaban constantemente al filo del abismo. En ese trayecto encontraron, asaltaron y robaron varios galeones repletos de doblones y rubíes. La sangre volvía a correr por sus venas y la excitación de la aventura hizo olvidar a todos el pasado: sólo existía el presente, el ahora, lo inmediato del riesgo, de la posibilidad de no estar vivo en los próximos minutos... Durante aquel periplo extraño de sus vidas, mientras se internaban en lo desconocido y surcaban los mares de lo imposible, avistaron costas de países con edificios de singular construcción y banderas multicolor y tuvieron que escapar de flotas capaces de tejer complejas maniobras sobre el agua, verdaderos ejercicios de danza sincronizada.

Exhaustos, ebrios de tanta emoción, deslizaban el buque de forma silenciosa sobre las estelas del sol al caer la noche. El silencio de las olas del mar y los crujidos de la madera invadía sus seres, haciendo languidecer sus corazones y de pronto... una melodía, primero lejana pero ganando cercanía, que fue inundando el barco de proa a popa. Voces melifluas, ejecutando contradanzas y filigranas sonoras, que captaban la atención de forma inevitable, hipnotizando las voluntades, desechando la cordura. Cuando Garfio quiso reaccionar fue demasiado tarde y el bajel se precipitaba sobre los acantilados rocosos sin posibilidad de evitar el desastre... Al despertar el regusto amargo de la sal lo invadía todo. Después de unos momentos de confusión pudo concentrar su mirada y su atención sobre la extensa playa en la que se encontraba. Cerca de allí unas raras figuras lo observaban con curiosidad. ¡¡¡Sirenas!!! Era cierto que existían, era cierto que sus cantos provocaban desastres, era cierto que podían cautivar voluntades y torcer destinos y manipular las almas de los marinos...

[Capítulo II]

«Camino entre las paredes de esta celda. Contemplo los tenues rayos de luz que envía el sol al caer el día y que se deslizan por entre las paredes manchadas de recuerdos, del paso de los días, de impaciencia atroz. Hay goteras y humedad por todas partes y un catre agónico al fondo, incómodo hasta la saciedad y barrotes oxidados y miles de recuerdos flotando en el aire, alimentando a las ratas de la desesperación que pululan ante los ojos de mi alma, royendo hasta el último resquicio de cordura que queda en mi interior... ¡Qué lejos queda el mar! ¡Qué lejos el sabor amargo del salitre! ¡Qué lejos las incertidumbres y las ansias de navegar por nuevos territorios desconocidos! Ahora tengo que navegar por mares interiores y sortear los escollos del miedo, los acantilados de mis recuerdos entre las brumas, las aguas bajas de la culpabilidad, los vientos alisios de la locura.

»Sólo queda una noche, un suspiro entre la puesta y la nueva salida del sol, la misma distancia que existe entre estar vivo o parecerlo y estar muerto, surcando la eternidad, colgado del palo de la horca, escarnio de piratas, malhechores y malas raleas. ¡Garfio, Garfio, jamás debiste huir, jamás debiste escapar de tu sino! Jamás debiste aceptar las apuestas siniestras de aquellas sirenas con forma de ángel, capaces de engatusar tus sentidos pero, sabes bien, jamás tu corazón. Caíste en la trampa de la realidad y por un breve momento creíste poder vencer al universo, a las-cosas-cómo-son. Ahora, cuan-

do ya es tarde, el velo se aparta, y las mentiras escuecen sobre las heridas de tu piel, y la falsedad es tan evidente que tienes ganas de llorar. ¡Ay, amigo! Cuánto darías por volver a esa extraña Tierra de *Nunca Jamás* y recuperar ese espíritu lúdico que todo lo impregnaba, y volver a ser uno contigo mismo y combatir al estúpido Peter Pan y su horda de ineptos enanos. Ni siquiera te importaría que Campanilla volviera a hacerte cosquillas con su polvo de estrellas y que tus estornudos se volvieran a oír desde el otro lado de la isla... Campanilla... Me parecen cien, quizás mil, los años de soledad que he tenido que soportar desde que no estás junto a mí, desde aquél último día, desde aquella última triste melodía. Pero ahora ya no me importa, porque he recuperado la cordura y aunque sé que jamás volveré a ese extraño lugar, que creía fruto de mi imaginación, ahora sé que existe y que una vez estuve allí...».

Garfio murió en la horca. Era un día gris del año 1721 en cualquier fortín español de la costa americana. Su cuerpo estuvo todo el día a merced del viento y al anochecer, cuando el sol raya el horizonte, desapareció. Algunas leyendas cuentan que un extraño polvo de estrellas salió del mar y envolvió su cuerpo. Seguramente habladurías de marinos ebrios de ron...

In Memoriam.

.....

Amiga Luna

Amiga luna, el mundo es más misterioso y extraño de lo que parece. Mientras cazaba en las extensas llanuras del Goleb encontré signos extraños: luces que danzaban, árboles que mostraban raras figuras y sombras que parecían caminar en la nada. Recorriendo aquellos senderos de los valles interiores iba descubriendo extrañas configuraciones de piedra y en las noches húmedas, mis sueños eran densos y amenazantes. La sombra se ceñía sobre mi cabeza y no podía localizar el origen de todo aquello.

Una noche, mientras acechaba en las sombras la presencia de las bestias, divisé una luz extraña. Atraía mi atención como un señuelo y a pesar de ello no pude evitar acercarme. Pronto distinguí entre los árboles una choza y de su interior surgía un canto misterioso. Al acercarme aquel canto envolvió mi corazón de sueños, alegrías y dolor. Danzaba a mi alrededor fluyendo entre las espinas de mi alma, llenándome de serenidad y enseñándome la humildad de aquellos que viven en paz con el mundo. Pronto caí en un sopor ausente y durante mis sueños, aunque tengo dudas de si realmente lo fueron, caminé junto a la Madre Noche: Su mirada era profunda cómo el tiempo por llegar, y su sonrisa tranquila cómo un viento cálido. Durante horas caminamos y me enseñó el porqué de las cosas. Comprendí cuanto camino nos queda por recorrer, cuantas cosas por ver, cuantos misterios por desvelar, cuantas experiencias por sentir, y por primera vez en mi vida fui consciente del poco tiempo que tenemos sobre la tierra para llevar a cabo tantas cosas. Cuando comprendí el mensaje la Madre Noche besó mi frente y entonces desperté.

Desde entonces he vagado por el mundo, casi ausente, empapándome de la vida y de la muerte, del amor y la alegría, del dolor y las emociones. Durante años mi corazón estuvo lleno de todas las cosas y sin embargo algo me hacía tambalear de vez en cuando: un recuerdo extraño y fugaz, algo que llegaba a mi cabeza y volvía a marcharse sin darme tiempo a reaccionar. Al fin, en uno de aquellos misteriosos sueños que tenía alguna vez, llego tu imagen. Amiga Luna, ¿Cómo es posible que llegara a olvidar tu rostro amado? ¿Qué terrible hechizo me hizo relegar tu recuerdo al fondo de mi mente? ¿Cómo pude olvidar aquellas promesas de amor a la luz de las velas?

Amiga Luna, he vagado tanto por los senderos del mundo que desconozco el camino de vuelta a mis orígenes. No me queda tiempo para volver y escuchar tus canciones; sólo me queda tiempo para maldecir... y llorar tu recuerdo...

.....

Amigo Viajero

Amigo viajero, ¿has encontrado alguna vez en tu vida una mirada que te traspasara hasta el fondo del alma? Dime, ¿has sentido eso alguna vez?; encontrar esos ojos que siempre habías soñado encontrar, la luz misteriosa de una mirada que no sabes porqué llena el vaso de tu espíritu hasta más allá de lo imaginable. Yo los encontré una vez y bajo los ojos había una sonrisa de dientes pequeños que iluminaba la noche cómo cien soles y sobre los ojos una mata de pelo recogido casi con despreocupación y entre nosotros un misterio indefinido: la sensación de dos personas que se conocen como de toda la vida, una sensación familiar y extraña a la vez.

Pero viajero, ¿Sabes lo que es encontrar además de todo eso, que todo es demasiado complicado? Ves obstáculos, problemas y situaciones extrañas y muchas dudas, pero al final sin poder vencer la sinrazón que generan los sentimientos, decides que no importa. Nada importa sino esa mirada cautivadora y esos labios hermosos y la cercanía de su ser. Piensas que de todas maneras la vida es un vacío si no puedes estar cerca de la sonrisa amada, de los ojos amados, del misterio de su espíritu. No importa casi nada si no puedes compartir tus ilusiones y tus sueños con esos luceros negros que hielan tus sentidos. Y sin embargo, continúas tu camino y descubres que aunque te pese el alma y desfallezcas de tanto en tanto puedes seguir andando. Te sostienen sus recuerdos, sus gestos, la memoria de todos aquellos momentos que seguramente sólo son mágicos en tu corazón, porque ella ni siquiera se ha dado cuenta de la importancia que dabas a cada matiz de su expresión, a cada contacto fugaz de sus manos o de sus ojos. Vives día y noche pendiente de algo que únicamente existe en tu imaginación: sueñas con ella, mueres por ella, lloras por ella y ella no puede responder a tu amor más que con algunas migajas. Y te conformas y das gracias al infinito porque por lo menos no rechaza tu amistad ni tu cariño.

Y estás triste, a veces desesperado, y estás sólo, a veces acompañado, y sabes que transcurrirá tiempo antes de que aquello pase; porque amigo todo pasa en esta vida y yo lo sé y tú lo sabes. Pero aunque pase sabes que siempre llevarás en el corazón esa espina clavada, ese recuerdo, esa sensación extraña de que todo es demasiado imprevisible y volátil. Y aunque nunca pierdes la esperanza de que todo cambie en su corazón, su fuerza va menguando y esa gran montaña que en un principio era tu

esperanza va cayendo en pedazos erosionada por el viento del tiempo, por las aguas de la distancia, por los hielos del olvido...

El otro día nuestras miradas se cruzaron. Nos encontramos casi de casualidad después de mucho tiempo y parecía que fue ayer cuando me derretía por sus huesos y por su sonrisa. Nos saludamos con alegría y hablamos un rato. Fue todo tan rápido que, cuando se marchó, mi alma saltó a los abismos del silencio y se estrelló contra las piedras del fondo. A pesar de todo el tiempo transcurrido aun seguía en mi corazón, ocupando la mayor parte de él, y tuve que volver a cerrar viejas puertas de cuyas llaves pensaba que me había deshecho. Mala suerte, amigo viajero... pero sólo nos queda seguir caminando y contemplar el paisaje y sentir de tanto en tanto que quizás en el próximo cruce de caminos surja una nueva estrella que guíe nuestros pasos, que reconforte nuestro ánimo, que nos permita deslizarnos por las llanuras heladas de nuestro corazón destino desconocido...

FIN